

DESOBEDIENCIA A LA GUERRA GLOBAL

Por Rui Valdivia

(Publicado en "PUEBLOS", nº 6, junio de 2003, páginas 45-50)

*dc-gg(PUEBLOS).doc
8 de mayo de 2003*

Nos creíamos a salvo. Pero ya está aquí: la guerra y su torva faz. Todavía no la sentimos en toda su integridad, faltan las bombas estallando cercanas y sobre todo, el derrumbe de las rutinas, los muertos cubriendo nuestras calles. El Golfo Pérsico resulta demasiado distante. Mientras continúen llegando las materias primas y el petróleo, o los islamistas y sus adláteres no nos disloquen el santo hogar patrio, muchas personas seguirán creyendo, ilusamente, que ésta sea otra de las muchas guerras que en la distancia han salpicado la geografía política del mundo desde el fin de la segunda guerra mundial.

Aquellas guerras de baja frecuencia ahora no parecen tan lejanas y desconectadas de éstas. Las veíamos como hechos aislados, ajenas a la geopolítica global de los bloques, como breves escaramuzas de jefes tribales o rancias disputas en las que tangencialmente aparecía la breve y difusa intervención de una gran potencia. Pero a la diáfana luz que arroja esta nueva contienda toda la dialéctica guerrera de la segunda mitad del siglo XX adquiere orientación y significado, como hitos de la gran lucha por el dominio del mundo.

La sardónica sonrisa que nos asalta cuando oímos denunciar tales batallas por el dominio total, no debería ofuscar nuestra mente analítica. Ciertamente, ni los hoplitas de Alejandro, ni los caballos de Gengis Kan o de Atila, tampoco las legiones romanas, las escuadras napoleónicas, ni los tanques hitlerianos consiguieron hacerse con el control total, una posibilidad acantonada hasta hoy en las películas de Fumanchú o de James Bond, en la mente de seres siniestros que tras las bambalinas de la historia utilizaban desconocidas tecnologías para chantajear a la humanidad. Lo admito, yo tampoco creo que Bush, Blair o Aznar estén a la altura de aquellos malos de película, pero el complejo tecnológico, mediático y militar que mueve sus hilos supera con creces las fascinantes posibilidades destructivas de aquellos torvos actores al servicio de la demencia y la tiranía. Que esta guerra se haya declarado en defensa nuestra, de la democracia y de los derechos humanos, no debiera ofuscar nuestra capacidad crítica, ni dispensarla de asistir al tribunal de la justicia.

El ciudadano de las democracias guerreras

Consultemos un manual de ciencia política. El capítulo dedicado a definir la democracia se parece a una decepcionante muñeca rusa donde el ciudadano, el origen y fundamento del gran ajedrez de la política y de la guerra, tras sucesivos juegos de manos y audaces prestidigitaciones queda oculto en su último y más diminuto compartimento: de soberano en siervo, de creador en barro, de gobernante a gobernado. Este gran tinglado del individuo como agente autónomo e independiente que tras sucesivos actos volitivos va conformando el gran muñeco del Estado, creado a su imagen como eficaz concha protectora de sus derechos, se desvanece en el vacío de esa última muñeca enana que cuando resulta abierta no esconde nada. Este recóndito y santo reducto admitiría múltiples interpretaciones: para los más sensibles sería el corazón de la máquina; su mente para los más ambiciosos; los audaces afirmarían que allí reside nuestra voluntad general; o el alma; en fin, con ánimo pragmático, la cloaca, esa gran ausencia en la que todos nos

reconocemos cuando analizamos nuestra efectiva contribución a la política de todos los días y sobre todo, cuando al margen de nuestra voluntad otros deciden cómo, cuándo y contra quién estaremos mañana en guerra.

En la versión ideal del juego democrático nuestros políticos debían ser marionetas cuyos hilos accionáramos según los vaivenes de nuestra voluntad o interés. Sin embargo y a pesar de nuestros votos, los vemos representando, en el escenario de la política, papeles dictados no sabemos por qué autores, desconectados de nuestras voluntades cual simiescos pigmaliones de una farsa que nos utiliza como comparsa, ese público tan necesario al espectáculo como inútil al guión. Se nos arrincona en el gallinero o en el paraíso por nuestra falta de profesionalidad e ínfimo conocimiento de las diferentes facetas del poder, por nuestro constatado desinterés y falta de atención por la política, y sobre todo, por la imposibilidad técnica de componer a diario y sobre todos los temas, una verdadera voluntad general efectiva gracias a la participación de los ciudadanos en las decisiones políticas. Por pura eficiencia y economía de recursos, nuestra democracia ideal se transforma, por obra de la división del trabajo, en un régimen de tiranía plebiscitaria. No hemos sido educados ni tenemos tiempo para dedicarnos todos a la política, pero en los tiempos que corren sí somos lo suficientemente aptos para convertirnos en víctimas, carne de cañón de las nuevas guerras, ya sea en los frentes o aquí en nuestros hogares, justificación, en ambos casos, de las ansias de dominio de aquellas causas que en verdad mueven los resortes de nuestros gobernantes.

El destino de las masas consiste, en Occidente y en Oriente, en el Sur o en el Norte, en ser convertidas en justificación de ataques, ofensivas y represalias. Como arietes de la política se nos transforma en víctimas civiles o incivilizadas, fáciles de cazar, en coartada de conflictos cuyas causas se nos escapan. Esa opinión pública ensalzada por cada nuevo sacrificio proclamará su indefensión, su derecho a la seguridad, un acicate para el próximo matarife. Somos el nuevo campo de batalla de las guerras permanentes. Ya no se nos manda en masa a los frentes a dejar el pellejo. Porque la geografía guerrera del presente se conforma con nuestros cuerpos propiciatorios, barros y masas conmovidos por las mafias, los ejércitos regulares, los suicidas y las bandas terroristas. Se nos engaña antes y después de cada nuevo bombardeo, atentado o asesinato indiscriminado, porque el fin último de cada explosión consiste en transformar a la masa informe del pueblo en una opinión pública adiestrada en reclamar protección. Este travestismo de la política nutre el nuevo imaginario de la legitimidad, porque cada verdugo reclamará su puesto legítimo en la política en virtud de su capacidad para ofrecer protección efectiva a la ciudadanía.

El derecho de las víctimas ... y la dignidad de sus cuerpos

Estigmatizan nuestros cuerpos con objeto de defender la dignidad inherente a nuestra esencia de seres humanos. Por esas hebras de humanidad cuyo rastro se pierde en los manuales de doctrina y en los libros teologales justifican sus políticas en contra de nuestra materia corporal. Se bombardea y se mercede por los derechos humanos. Considerados el último reducto inmarcesible de la definición de persona, la santa esencia a cuya defensa irrenunciable las democracias dedican sus energías bélicas, aún a costa de los cuerpos que los sostienen como almas trascendentes. La peste del idealismo destilado por estas santas

dignidades en que se han convertido nuestras personas resulta ya tan insoportable, tras más de doscientos años de ilustración y de liberalismo, que nuestros cuerpos miserables, exhaustos de tanta dignidad, desfallecen entre las grietas de esas megalómanas estructuras políticas erigidas constitucionalmente para su defensa.

Sufrimos la igualdad en la explotación, una solidaridad de cuerpos necesitados que a pesar de nuestras impotencias y dominaciones no han perdido esa última libertad que la democracia nos deja, la de poder quejarnos, y sobre todo, la de poder imaginar otros mitos y relatos. Porque la dignidad del ser humano, de hecho, reside en nuestro cuerpo y no en esas justificaciones trascendentes de unos derechos humanos imposibles de definir y de materializar sin la presencia efectiva de estas materias tan necesitadas de placer, y sobre todo, tan afines en la demanda de menores dosis de dolor. Aquí reside la verdadera dignidad de las personas, en el agua, en el cielo, los puerros, el calor del sol, los olores y el aire limpio, los alimentos y las atenciones sanitarias. Este enjambre de cosas tan intrascendentes, y sin embargo tan dignas que no debieran estar sujetas a precio, debiera conformar el verdadero objeto de las políticas, no aquellos conceptos tan sagrados y evanescentes bajo cuya égida se justifican los mayores atropellos.

Este idealismo de Alá y del Cristo crucificado por todos nosotros, de Kant y de Hegel, reclama la homogeneidad, el universalismo de la razón o del ideal humano y legitima cualquier atrocidad que sirva al alma para contemplar las verdades reveladas por las huríes, el absoluto, un demiurgo o por el gran salón celestial guardado tras las puertas custodiadas por san Pedro. La explotación o la dominación son abominables no porque manchen la santidad del ser humano, estropeen su dignidad y perviertan su ideal trascendente, sino porque nos aportan dolor material y físico, y nos impiden obtener placer y tranquilidad. La ética del desobediente nacerá aquí, de las resistencias de nuestros cuerpos amenazados y por tal razón tentados a rebelarse contra nuestro dolor humano y material.

Denunciemos esas supercherías de la política y de los discursos que demoran el reino y sus abundancias por la creación ficticia y artificial del concepto de escasez, esa limitación contra la que se topan todas las dignidades humanas y que construye la libertad y la voluntad de unos pocos en torno a la satisfacción de sus propias necesidades infinitas, y por tanto, siempre insatisfechas a costa de los pobres y de nuestro patrimonio natural. Lo humano que nos une no se asienta en esa común dignidad de ricos y de pobres, de poderosos y de dominados, y en lo que sería su lógico corolario, hacer compatible por voluntad propia de unos y de otros un mundo más justo. Estos idealismos de la razón, y en especial, de la moral, esa retórica trascendente de lo humano oculta y niega nuestros cuerpos, esos huesos y vísceras dignas en la comida, en el sexo y en el aire, en esos placeres tan fáciles de procurar si la dignidad de unos pocos no nos los hubieran enajenado.

Negar ese trasfondo animal impide reconocer la verdadera dignidad humana, la de la carne. No existe mejor diálogo de civilizaciones que el de los individuos necesitados de placeres y urgidos a suprimir su dolor. Esas búsquedas por hallar, en lo más íntimo de las religiones y de las almas, el común fundamento de lo humano y reconocer como un hallazgo unos derechos compartidos por todas las culturas y religiones, está llamado al desastre, a menos que sus defensores sean capaces de transformar los derechos humanos en otra religión universal. Quizás estas nuevas guerras globales conformen un todo coherente

con esa lógica del humanitarismo universal, una ruta ardua, sangrienta y penosa en pos de una quimera cuya necesidad alabarán nuestros descendientes como otros hoy ensalzan, a pesar de sus víctimas, las conquistas de las legiones romanas o de las tribus árabes para el triunfo de sus respectivos fundamentalismos.

Las lógicas destructivas de la razón universal

Si no se persiguen y denuncian esas lógicas universales todas nuestras desobediencias de hoy acabarán siendo digeridas por alguna de esas justicias trascendentes cuyos principios, por pura definición, resultan santos. Por la dignidad de dios o del ser humano dilapidaremos el hoy de nuestros cuerpos, por el progreso y la democracia, justificaremos la necesidad de las víctimas y de sus sufrimientos. Se trataría de negar esas lógicas que demoran y exportan el placer a los Más Allás del tiempo o del espacio, a esos reinos del nunca jamás donde nacen los manantiales que legitiman las religiones de la técnica y de la política, no porque proclamen haber logrado reducir el dolor, sino porque siempre afirman estar en el buen camino hacia la salvación a pesar de los muertos dejados en el camino.

Tradicionalmente, las desobediencias civiles han clamado contra el formalismo de tales preceptos constitucionales, por su materialización en políticas o en decisiones concretas donde los derechos de ciertos colectivos resultaban vulnerados por las mayorías democráticas, luchas, en resumen, de las minorías por hacer sentir su voz de pobres, de parias o de individuos ultrajados en su libre conciencia. Pero tales prácticas liberadoras ocultan todavía su servilismo a esos principios trascendentes a cuya pira los mismos obedientes arrojan su cuerpo y su libertad, y si utilizan la violencia, acaso también la de otros ciudadanos tanto o más ultrajados por ese poder al que no intentan derrocar, sino convertir en estructuras de dominación más benevolentes y amistosas.

Las desobediencias que se merecen estas guerras globales y permanentes por la dignidad humana no deberían encontrar su fundamento en estos derechos humanos universales invocados farisaicamente por los agresores, de cuyas esencias nos proclamaríamos verdaderos y legítimos defensores en un nuevo intento por dotar de sentido teleológico a la política. Los humanistas de hoy nos convertiríamos en los tiranos del mañana: ¿desobedecer invocando la obediencia? La única obediencia exigible nace de nuestros cuerpos, ellos reclaman acceso libre y sin coacciones, igualitario, a los bienes de la naturaleza y del ingenio humano. Éste es el marco verdadero del conflicto, cómo eliminar la escasez, cómo torcer las voluntades de aquellos que nos convierten en víctimas del progreso, de las religiones salvíficas y de los propios derechos humanos. La desobediencia sería un trabajo continuado por reconocer la dignidad de ese fondo animal en el que todos nos reconocemos como humanos, y de destruir todo aquello que impide reconciliarnos con él. No se exige que alguien nos reconozca un derecho inherente a nuestra condición espiritual, sino de alimentar y nutrir a nuestro cuerpo de sensaciones evitándole sufrimientos.

Si la principal actividad de la política actual y de sus guerras globales consiste en fabricar víctimas y convertir en legítimas sus obediencias por el grado de protección al que nos someten, nosotros, individuos propiciatorios, debiéramos negar esta lógica servil que nos transforma en matarifes de nuestro propio sacrificio. Unirnos, por ello, en esta dignidad de la carne, mantenerla a resguardo del sacrificio, conservarla como santo

recipiente de néctar, ara del placer y de la sensualidad, viático del saber y del sentimiento; buscar la cooperación en el abrazo de los cuerpos, en procurarles alimento y saciarles de su sed, prodigarlos de bienes terrenales y no de humos trascendentes, y ocultar nuestros demonios en solidaridad con otras víctimas de la dominación, el terror y la explotación, desobedeciendo sus protecciones, y sus piras y mausoleos, la picana, los tálamos y los calvarios junto con sus hecatombes de ofrendas y de martirios.

No somos una comunidad, sino colectivos humanos luchando por sobrevivir; ni pueblos, y menos aún, masas, sino multitudes reunidas para protestar y desobedecer; tampoco nos anima el amor o la fraternidad, sino evitar las injusticias; ni buscamos la redención o la salvación, sino el cambio, la transformación de las estructuras sociales. Contra esas guerras que se declaran en defensa de la humanidad, la paz, los derechos humanos o la salvación de la especie, debiéramos elevar el trapo de nuestros estómagos insatisfechos, de nuestras carnes doloridas y ahítas de placer.

Precisamos recomponer éticas de resistencia para libertinos: saber renunciar al vino a la par que disfrutar con una buena borrachera; prodigar la ascética junto con las virtudes del placer; sacrificar el cuerpo al disfrute del cuerpo y a la aniquilación del dolor; en fin, construirnos en la creación, en componer espacios de convivencia ajenos a la victimización y al sacrificio, en huir del hedonismo que nos prostituye en el consumo. Las desobediencias poseen, en este camino hacia la liberación, no una potencia exclusivamente instrumental al objeto de alterar la estructura de poder, sino de educación y práctica ciudadana en valores esenciales para la convivencia democrática en las condiciones de inseguridad, corrupción de las costumbres y deslegitimación a los que nos abocan los regímenes de tiranía electoral actualmente comprometidos en la guerra global y permanente.

Somos la diana universal y ubicua del imperio y de la humanidad. Cualquiera de nosotros está en el punto de mira de un arma letal, de un misil teledirigido desde ese más allá abisal cuyos oscuros e ineluctables designios nos convierten en víctimas culpables o inocentes. Si de hecho todavía no hemos recibido el regalo de un misil personal dirigido contra nuestro culo humano, habrá que interrogar a la escasez de medios o a la utilidad de nuestros cuerpos vivos o muertos para la estabilidad del sistema, antes que a la imposibilidad técnica y fáctica de introducir un misil por el ventanuco de nuestro cuarto de baño. Conocen dónde vives, las coordenadas de tus movimientos, lo que consumes y por qué ves una película y no compras el último best-seller, todavía no te han asesinado, ¿y no te preguntas, por qué?, ¿qué de bueno he podido hacer o estoy haciendo para ser respetado y convertirme en justificación del asesinato de otros?

Cuando estalle un amigo delante de ti te preguntarás qué habrá hecho o pensado para recibir su merecido y justo castigo; y si después de mucho sondear no fuéramos capaces de asignarle una culpa o un pecado, achacaríamos su muerte al cruel error de cálculo de una máquina social cuyo imperfecto funcionamiento cabe disculpar por ser la mejor de las posibles y además haberme dejado -a pesar de mis fragantes culpas- indemne. Pero si todavía no has capitulado a la providencia del progreso, al idealismo de los derechos humanos y del humanismo, si todavía disfrutas con el sexo y no necesitas soñar con la pasarela Cibeles para expresar gratitud al cuerpo con quien disfrutas, entonces todavía

estamos a salvo y preparados para desobedecer a la guerra global permanente contra nuestros cuerpos y contra la dignidad de sus materias necesitadas de placer, y demasiado pródigas en el dolor.

Mientras tanto, algunas ideas para un catálogo parcial y no exhaustivo de algunas desobediencias:

En primer lugar, resistirnos a que nuestros cuerpos sean utilizados para producir mercancías en virtud de la alianza estratégica entre el derecho al trabajo y el derecho a la propiedad, por cuya conjunción histórica bajo los designios de la democracia liberal los deberes necesarios para garantizarlos recaen siempre sobre los trabajadores asalariados y los parados. Vivimos de la ilusión de lograr su reconciliación, hipnotizados por un progreso moroso en procurarnos todos sus beneficios, y pródigo, sin embargo, en acumular nuestro trabajo en tecnologías tan eficientes en regalar alpiste, como sublimes en transferir poder a nuestros guardianes. La desobediencia aquí, en este ámbito tan esencial al funcionamiento de nuestros sistemas de dominación, significa liberar trabajo social y convertir a las máquinas y a las tecnologías en siervos de nuestro ocio y de nuestra libertad creativa, obtener tiempo y formación para desplegar, sobre la democracia electoral, un movimiento de participación ciudadana en las decisiones políticas.

Perseguir a todos los representantes del pueblo allí donde vayan y expresarles nuestra rabia e indignación. Perseguirles cual si fuésemos perros cainitas y convertirnos en una jauría inclemente a la caricia o a la voz de mando. Reclamar con nuestros ladridos la propiedad del espacio público de la reivindicación y de la opinión, en suma, de nuestra palabra, no tanto para exigirles una respuesta o alguna responsabilidad, sino para utilizar, delante de sus perfiles histriónicos y de sus poses fatuas, ese espacio de la voz y del grito usurpado por sus representaciones aburridas y sin relieve. Les invitamos a unirse a nuestra persecución y que de una vez reconozcan su papel de comparsa en una guerra que también les utiliza como parte de su mecanismo de destrucción masiva.

El desobediente reconocerá a la pródiga y trágica naturaleza como fuente de placer y de dolor. Y sabrá encontrar y denunciar a sus usurpadores, a los sabios y a los intérpretes de la escasez, a sus proxenetas. La economía, como ciencia taumatúrgica, no pretende liberarnos de la escasez por obra del progreso tecnológico, sino magnificar lo escaso como justificación de una ganancia y de una competencia en cuyas dinámicas de acumulación se legitiman las desigualdades sociales y la pobreza. La miseria del pobre reside en la explotación de su entorno para colmar a otros su infinita sed de necesidades. Tal derroche humano y ambiental se ampara en la búsqueda de la máxima eficiencia tecnológica en la consecución del beneficio. La ciencia económica hace apología de este proceso de creación de riqueza a través de la escasez, y renuncia a explicar y a interpretar cómo la progresiva pérdida de abundancia destroza los ciclos vitales de nuestras naturalezas humanas y nos provoca dolor y desasosiego. La creación artificial de escasez le impone una causalidad social a la producción de dolor, y lo transforma en medio para acumular ciencia y saber en los capitales y tecnologías necesarias al progreso, esa ruta ascendente hacia la liberación de los poderosos. Los desobedientes denunciarán el expolio de nuestro patrimonio natural, consumido en su opulencia por tecnologías cuyos fines depredatorios tergiversan la función

verdadera de la economía, que de ciencia de la abundancia y del justo reparto se transforma en fúnebre apología de la explotación.

En este camino hacia la abundancia resulta necesario reivindicar lo público, esos espacios de expresión, creación y vivencias usurpados por la producción de riqueza crematística y convertidos, por tal razón, en escasos y en privados. La desobediencia aspira a recuperar el placer de poder disfrutar libremente y según las normas constituidas por los propios ciudadanos, de estos bienes cuya progresiva apropiación y transformación en capital constituye el más reciente expolio al que nos somete el sistema, y cuya última etapa nos está sumiendo en esta guerra global por el acaparamiento de los últimos recursos naturales de la tierra y de la actividad humana: ríos, atmósfera, paisajes, materias primas, recursos naturales, biodiversidad, clima, petróleo, pero también los servicios públicos, la salud y la educación, las telecomunicaciones, las carreteras y las líneas de ferrocarril, el espacio aéreo, la cultura, el saber científico, las artes y por último, hasta las calles resultan cada vez más inaccesibles y escasas para la ciudadanía cuanto más abundantes para los consumidores. Las desobediencias también se debaten en este contexto de los bienes públicos y se oponen a la mercantilización de estos reductos de la libertad y de la vida humanas por cuyo dominio acaecerán nuevos y prolongados conflictos bélicos.

Nuestra mirada se halla presa en el laberinto de la publicidad. Allí donde se posa nos asalta el anuncio, la proclama mercantil incitando a la compra. El acceso a la cultura y a la información, cualquier actividad lúdica o de distracción realizada en un espacio público se encuentra sometida a la tiranía de la publicidad, que nos asalta e invade con alevosía hasta en nuestros más íntimos reductos. Nuestras percepciones se encuentran limitadas coactivamente por ese espacio público publicitario de la televisión, de la prensa, del cine, del metro y de las calles, hasta el extremo de que si deseamos disfrutar de una actividad sin tales ingerencias hemos de pagar un precio por ello. La libertad de posar nuestra atención, de componer un espacio perceptivo y sensorial a nuestro libre albur, se profana cada minuto por esta invasión envilecedora de nuestra experiencia, y por tanto, del conocimiento que podamos poseer del mundo que nos rodea, el cual cada vez se encuentra más empíricamente sustraído a lo natural y a lo deseado realmente por cada individuo. Desobedecer no consiste en no comprar lo que se nos anuncia, ni apagar el televisor o ponernos anteojeas, sino en destruir esas antenas radiantes de la publicidad y de los anuncios.

Al niño desobediente se le suele dar un azote. Se afirma que una de las conquistas más relevantes y justas de las sociedades humanas hacia su mayoría de edad ha consistido en reemplazar la mano del padre por la del policía, legitimado por ley para romper la cara del desobediente. Primero, fue el noble el ser al que le cupo el honor de forzar al díscolo; más tarde, al mercenario, comprado para someter a los rebeldes; recientemente, las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, asalariados de la ley y del orden; y finalmente, esas guardias pretorianas cuyos variopintos uniformes de colores inundan calles, plazas y propiedades públicas y privadas para su efectiva protección. Nuevamente el círculo se cierra, una porra al servicio de la propiedad privada para ejercer la exclusión según las apetencias del propietario, el legítimo dueño de porra y suelo. La desigualdad y la explotación también generan escasez de seguridad y los propietarios, con suficiente poder adquisitivo, la comprarán en el mercado de la protección a costa de aquellos otros

ciudadanos que no podamos costear servicios privados de protección. Contra la privatización de la seguridad que expulsa el desorden hacia guetos cada vez más amplios y cercanos, hemos de erigir la desobediencia a sus porras y sistemas de fractura social.

Pero también desobediencia a la ciencia, en concreto a una parte de las ciencias sociales, acostumbradas a aplicar su lupa sobre esos guetos de la marginación y del desarraigo con el fin de controlar y redimir de la indigencia a aquellos individuos más proclives a obedecer y ser disciplinados en las normas del mercado y del trabajo asalariado y precario. La sociología y la antropología urbana sólo saben ver podredumbre y miseria moral en los vertederos humanos de las grandes ciudades, en torno a esos desposeídos en cuyo seno nace una parte de la delincuencia, con el objetivo de salvar o redimir a esas masas olvidadas en el buen camino al servicio de la acumulación y el progreso. Tratarían de descubrir dónde se produjo el cortocircuito, qué pautas erróneas de socialización empujaron a estas gentes –inmigrantes, perdedores, vagabundos, drogadictos, minorías raciales, etc. – a no adaptarse al progreso general de la sociedad y de la economía. Sin embargo, adolecemos de serias carencias científicas en el campo contrario de la sociología burguesa, de estudios instructivos sobre los modos de vida y pautas de socialización de esos otros guetos de anomia y de desestructuración que componen las tribus cosmopolitas del capital. La anomia, la aculturación, la desocialización y la despersonalización no sólo se dan en aquellas subcastas dislocadas por el capitalismo, sino también en estos brahmanes del marketing y del *management*. Crear una ciencia social redentora de estos sujetos traumatizados, sometidos al stress de la competencia, a la tensión del triunfo, a la alienación del poder, al vaciado de su corporeidad y de su incapacidad para disfrutar sin estar explotando al vecino, conformaría una herramienta útil para los movimientos de liberación enfrentados a unas guerras que sólo poseen justificación posible en la mente calenturienta y profundamente enferma de estos sujetos enfebrecidos por el acaparamiento.

Y finalmente, dos consejos sin afán didáctico:

No violentemos con nuestras desobediencias a las víctimas. La práctica de infundir terror para forzar la voluntad de las masas resulta propia de sanguijuelas. El activismo social debe ser inclusivo hacia todas las víctimas del sistema. Entorpecer el funcionamiento de los pocos servicios públicos existentes con el objetivo de crear confusión y una corriente de opinión proclive a nuestras desobediencias resulta injusto y poco eficiente. Se puede interrumpir de otras muchas formas imaginativas y más útiles y sutiles el funcionamiento normal de la acumulación capitalista sin tener que molestar, confundir y violentar a otros ciudadanos que en principio podrían estar tan indignados como nosotros, y que con certeza, sufren en igual medida los agravios del sistema.

No violentemos con desobediencias nuestros cuerpos. Nuestra materia corporal, ultrajada por el sistema, forma nuestra única arma intelectual y física para desobedecer, nuestro único elemento de satisfacción, placer y rebeldía. No lo sacrifiquemos frívolamente, mantengamos nuestros cuerpos protegidos del martirio. Durante mucho tiempo se consideró el sacrificio como un rito que colmaba de bondad y de trascendencia las causas defendidas con desprecio heroico del cuerpo y de la integridad física. Hastiados de actos redentores, el desobediente protegerá su cuerpo como su más preciada posesión y no lo arriesgará inútilmente.